

CON BENEPLÁCITO COMPARTIMOS A LA COMUNIDAD DEL IPB-SCA LA HOMILIA DEL MONSEÑOR JOSÉ ANTONIO CARBALLO GARCÍA, VICARIO EPISCOPAL DE LA VI ZONA, CELEBRADO EL 30 DE MAYO DEL 2019 EN LA BASÍLICA DE GUADALUPE.

Queridos hermanos:

Saludo con gusto, en esta Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe a los alumnos y maestros del Instituto Bíblico “Salvador Carrillo Alday” en su 30º, Aniversario de fundación.

Ante la presencia de Nuestra Madre María Santísima de Guadalupe, doy fe de la importante misión que realizan en nuestra Arquidiócesis Primada de México, mediante la enseñanza, la interpretación y la difusión de las Sagradas Escrituras. Este lugar es especialmente significativo, porque además de congregarnos en torno a la patrona de México, nos encontramos frente a frente con la discípula por excelencia, mujer de escucha de la Palabra, obediente al Padre y dispuesta a cooperar con el plan salvífico de Dios.

En efecto, Evangelio que hoy escuchamos nos vincula con los misterios que hemos estado celebrando en este tiempo pascual, San Juan nos presenta un breve discurso de Jesús, ante el inminente momento de su glorificación por su muerte y resurrección. Jesús quiere robustecer la fe de sus discípulos mediante el juego de palabras “dentro de poco ya no me verán, pero dentro de otro poco me volverán a ver.” Dicha expresión pretende revelar que la ausencia de Jesús en su sepultura será sólo temporal y la resurrección les devolverá la alegría a los discípulos. Esta idea se ve reforzada por la expresión de Jesús “me voy al Padre”. Lo cual implica que el momento clímax de la misión de Jesús es la crucifixión, pues en ella el Hijo es glorificado por el Padre al ofrecerse voluntariamente como víctima de expiación de nuestros pecados. Por lo tanto, la gloria de Cristo consiste en obedecer al Padre y la gloria del hombre consiste en obedecer a Cristo, el Enviado del Padre cuyo testimonio dan las Sagradas Escrituras. Sin embargo, la muerte de Jesús será interpretada por muchos como la derrota del Hijo de Dios, por ello “el mundo se alegrará”. Pero la tristeza de los discípulos se convertirá en una inmensa alegría al ser testigos de la resurrección de Jesús.

Por lo tanto, el anuncio de Cristo, muerto y resucitado para gloria de Dios Padre y salvación de los hombres, requiere de testigos creíbles que sepan discernir los signos de los tiempos e iluminar por medio de las Sagradas Escrituras. Anunciar el kerygma es una tarea que concierne a todo bautizado, no sólo a los obispos, los sacerdotes y las religiosas, también es tarea de los

laicos. En este rubro, el Instituto Bíblico “Salvador Carrillo Alday”, ha hecho un noble esfuerzo por formar laicos comprometidos que, desde la realidad y el proceso pastoral de sus parroquias, impulsen el encuentro de los hombres con la Palabra de Dios. Esta tarea no es fácil y no está exenta de tentaciones que pretendan opacar la obra de Cristo. Por ello, la primera lectura tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles nos ofrece una clara iluminación al respecto:

En primer lugar, nos invita a no desalentarnos cuando una estrategia pastoral no tiene el éxito que habíamos esperado y al estar siempre abiertos a los posibles cambios en nuestros proyectos pastorales. La obstinación en una sola estrategia y la falta de contacto con los ambientes vitales de nuestras comunidades pueden comprometer seriamente la misión que Cristo nos confió. El ejemplo, nos lo ofrece San Pablo, quién después de dirigir un elocuente discurso en el Areópago de Atenas no obtuvo el éxito que esperaba de su predicación. De su brillante discurso apenas creyeron Dionisio el Areopagita y Damaris. Sin embargo, al llegar a Corinto donde trabajó en la casa de Áquila, descubrió una nueva forma de evangelización mediante el testimonio de su vida cotidiana y su participación en la sinagoga. San Pablo aprendió que la Palabra de Dios no se comunica por elevados discursos filosóficos, sino mediante la fe y el testimonio que se alimenta de la vida comunitaria. El Apóstol comprendió que no basta solo la erudición para interpretar las Sagradas Escrituras, sino que debe encarnarse en la vida cotidiana y nutrirse de la convivencia y el intercambio de puntos de vista entre los mismos miembros de la comunidad.

En segundo lugar, las Sagradas Escrituras nos advierten que el mensaje de Cristo no siempre será bien aceptado por todos. Muchos podrán resistirse incluso con violencia, pero eso no debe frenar el ímpetu misionero. Al contrario, es una oportunidad para salir de nuestro estado de confort y ampliar el campo de la misión. San Pablo, al encontrar una respuesta agresiva entre sus hermanos judíos, decidió dedicarse a la predicación de los gentiles. No obstante, la familia de Crispo decidió bautizarse y formar parte de la naciente Iglesia. Con este ejemplo, se nos muestra que no es saludable estancarse en un solo lugar de apostolado o conformarse con trabajar con los mismos de siempre, los cambios son benéficos porque nos permiten renovarnos, nos ayudan a madurar y ampliar nuestra visión de la Iglesia y el mundo. Los cambios guiados por el Espíritu Santo nos permiten descubrir nuevas alegrías en el apostolado, también nos muestran que Dios jamás nos dejará desamparados. Quien se estanca en un solo sitio, corre el peligro de atrofiarse espiritual y pastoralmente, impidiendo su propio crecimiento y superación personal.

Al celebrar esta etapa significativa en la vida del Instituto Bíblico, damos gracias a Dios, que mediante la fuerza del Espíritu Santo, ha fecundado la obra que inició el finado Padre Salvador Carrillo Alday, notable biblista mexicano, que hizo suyas las palabras de San Jerónimo: “desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo” y, cuyo espíritu pastoral se ha ido reproduciendo en las generaciones de esta casa de estudios. Elevo mi plegaria por el eterno descanso de su fundador y por el crecimiento del Instituto Bíblico, pues hoy podemos decir como el salmista: “El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad, Aleluya”.

